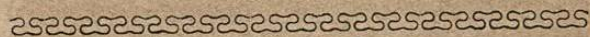


nos, ya divisamos el fuego que debe consumirnos, pero lo contemplamos sin temor, sabiendo que por él pasarán nuestras almas á la vida eterna. Cristianos, nuestra religion es la sola y única dentro de la cual pueden salvarse las gentes. Perseverad en la fé, no os intimiden los tormentos. La pena es breve y ligera y el premio inmenso y eterno. Sed testigos que morimos por la fé de Jesucristo. — Luego que quedaron atados cada cual á su columna, el que hacia de cabeza de aquella reunion de fieles, enarboló un estandarte, en el cual habia una imagen del Redentor, y gritó diciendo: — Hermanos, contemplad á vuestro Salvador, por cuyo amor vais á morir, no olvidéis que os tiene preparada la corona en los cielos. Morid constantes por el que murió por vosotros. — En seguida se levantó el humo salpicado de rojas llamas, y los cristianos se pusieron todos de rodillas á rogar á Dios y á la santa vírgen por los mártires. Toda la llanura resonaba de llantos y de suspiros. El uno invocaba los santos nombres de Jesus y María: el otro daba gritos de misericordia. Habiéndose quemado las ataduras del tierno Jacobo, corrió por entre las llamas y por encima de las ascuas á abrazar á su madre, la cual le dijo entonces: Hijo mio, mira al cielo, grita de todo corazon á Jesus y á María: El inocente jóven gritó por tres veces *Jesus y María*, y cayó muerto á sus piés, y á poco espiró la madre sobre las cenizas de su hijo. Hallábase allí tambien la jóven Magdalena, hermanita de Jacobo, la cual abrasada como estaba se bajó, y tomando unas ascuas encendidas, se las colocó en la cabeza á manera de guirnaldas, despues de cuyo esfuerzo de santo entusiasmo cayó sin vida. ¡Oh qué hermoso triunfo consiguó en aquel memorable dia nuestra santa

Iglesia! Concluido el suplicio los cristianos pasaron al otro lado de la estacada, y recogieron las reliquias de los mártires y las dieron sepultura en una iglesia de Nangasaqui. El obispo del Japon, habiendo tomado los informes del acontecimiento hizo estender de él una acta pública.



CAPITULO SEGUNDO.

CONTENIDO.

1. Persecucion general que principió con la espulsion de todos los misioneros. Los cristianos se proveen de palos en donde ser atados para ser quemados. Tormento de los sacos. Constancia de muchos niños. — 2. Conversion y muerte de un Bonzo. — 3. Fortaleza de un caballero llamado Tito. — 4. Martirio de Clemente y Maxencia su esposa, con dos hijos de entrambos. — 5. Muerte de dos valientes cristianos, Jaime y Tomás. — 6. Muerte de un anciano, llamado Adan. — 7. Conversion de un cristiano apóstata. — 8. El principe Miguel publica un edicto contra los cristianos, y luego es depuesto del trono. — 9. Martirio de Pablo Tarasuco. — 10. Cinco cristianos quemados por la fé. — 11. Padecimientos de los cristianos de la cárcel de Omura. Un caballero llamado Lino muere por no querer jurar por los dioses del Japon. — 12. Martirio de Jacobo. — 13. Martirio de Baltasar, tesorero, y constancia de su esposa Lucia, de Tecla su hija y de otro hijo suyo de edad de cuatro años, llamado Jacobo, que quiso morir con su padre. — 14. Martirio de muchas damas con sus hijos, que murieron quemadas, atadas de dos en dos en cada palo. — 15. Martirio de Marta que quiso morir quemada, abrazada con su madre. — 16. Martirio de otra señora llamada Mónica. — 17. Generoso sacrificio de Ignacio, quemado vivo. — 18. Conversion y martirio de un Bonzo — 19. Muerte de un cristiano, llamado Matias. — 20. Muerte en cruz de cinco cristianos y de Simon y Magdalena su esposa. — 21. Martirio de dos cristianos. Combate de sus esposas que quieren morir en lugar de ellos. — 22. Martirio de Leon. — 23. Un niño con su constancia convierte á su padre apóstata. — 24. Joaquin y Ana su esposa decapitados. — 25. Veinte y un religioso de diferentes órdenes con

treinta individuos seculares martirizados. — 25. Martirio de tres damas, Ju ta, Maria su hija, de catorce años, y Agata nuera suya, de diez y siete. — 27. Tormento y muerte de un anciano llamado Pablo. — 28. Martirio de veinte y cuatro cristianos, esto es : de seis damas y diez y ocho niños. — 29. Muerte de un caballero al servicio del rey de Bigen. — 30. Martirio de Matias y de Juan. — 31. Otros señores á quienes se manda dar muerte con dos niños. — 32. Martirio de una madre con cuatro hijos. — 33. Muerte de Miguel y de Ursula su esposa, con un niño y dos niñas, hijos suyos. — 34. Fin glorioso de esta familia.



1. La rabia del Cubo no habia recaido hasta entonces mas que contra el reino de Arima, pero en 1614 cayó la tempestad sobre todo el Japon, en donde se publicó un edicto contra todos los cristianos. Dióse primero órden para que fuesen espulsados todos los misioneros, y demolidos todos los conventos. Dispúsose en seguida la formacion de un padron general, en el que fuesen inscritos todos los cristianos, que se les hiciese renunciar á la fé y se diese muerte á los que rehusasen hacerlo. Al ver el emperador por el padron general, el considerable número de cristianos que habia en Meaco, se incomodó, principalmente con el gobernador, por haber dejado multiplicar la religion cristiana de aquel modo, y confirió la empresa de esterminar á todos los que la profesaban á un caballero principal, llamado Sangamidono, capitan de sus guardias. A este fin se mandó publicar en dicha ciudad, dirigiéndose allí el encargado con tropas escogidas, que el que no abandonase la religion cristiana se preparase para ir al patíbulo en donde serian atados todos y quemados ; mas al dia siguiente encontraron que cada cristiano habia puesto un patíbulo, ó sea un palo delante de su puerta, para dar á entender que estaba pronto á ser quemado

antes que abandonar la fé. Hubo entre otros un pobre que vendió su vestido para comprar un palo, y una muger que por comprar el suyo vendió asimismo su guardapiés ; visto lo cual del tirano, ideó otros medios. Mandó quemar todos aquellos palos en la plaza, y ordenó á los comisarios de los cuarteles, que empleasen la mayor diligencia para que los cristianos inscritos en las listas consintiesen en ser borrados de ellas. Dejaronse algunos seducir y engañar, y otros que fueron borrados sin su consentimiento se callaron : otros en fin publicaron que se les habia borrado de las listas sin haberles dicho nada. Habia un cuartel en que casi todos los habitantes eran cristianos : allí fueron arrestadas todas las mugeres y colocadas estrechamente atadas dentro de unos sacos, que dejaron abandonados á la intemperie, por espacio de un dia y de una noche en tiempo de un frio riguroso. Hubo muchos niños de ambos sexos á quienes, para acallarlos, fué necesario atar en sus sacos. Al dia siguiente todas aquellas mugeres fueron llevadas con escarnio por las calles de la ciudad, metidas en los sacos, y despues fueron puestas en libertad, para hacer creer á los demas, que habian renegado ; pero ellas iban gritando por todas partes, que eran cristianas. El tirano pasó luego á Ozaga, en donde cometió iguales crueldades, y los fieles demostraron la misma constancia. En Sacay se ejecutó lo mismo y sus habitantes tuvieron igual fortaleza en confesar y sostener la fé. En Firoxima, ciudad del reino de Aqui, imperaba Tayudono, y en conformidad al edicto del Cubo llamó á cuatro de sus capitanes, que eran cristianos, y les intimó que obedeciesen el edicto : le contestaron estos, que ciertamente eran cristianos, y que no abandonarían la

fé aunque debiesen perder todos sus bienes y la vida juntamente. Hasta uno de sus mismos pages le dijo con cristiano valor. — Señor, estoy pronto á obedeceros en todo, pero en cosa prohibida por el verdadero Dios que adoro, aquí está mi cabeza que estoy pronto á entregar al verdugo. — Diciendo lo cual se descubrió el cuello y lo presentó : muchos de los que allí estaban creyeron que el rey se lo cortaría con su propio alfauge, mas se abstuvo de verificarlo.

2. En la ciudad de Fungo viéronse tambien maravillosos ejemplos de constancia. Hubo un bonzo, llamado Benedicto, que habiéndose convertido á la fé, fué arrestado con los demas cristianos. Todos fueron conducidos desnudos á una legua de distancia, y atados cada uno en un saco, fueron echados uno sobre otro en un lugar cerrado en donde murieron ahogados con angustioso sufrimiento. Cierta caballero cristiano á quien el rey de Cungo exhortaba de continuo á obedecer al emperador; en cierta ocasion en que el rey le hacia las mayores instancias y habia querido honrarle yendo en persona á su propia casa, le contestó : — Señor, yo os doy las mas rendidas gracias por el alto honor que os habeis dignado hacerme con venir á mi casa, pero si ha sido con el designio de hacerme mudar de religion, debo declararos que estoy resuelto á morir por conservar mi fé. Si esto es un delito en vuestro concepto, aquí está mi cabeza. — Despues de lo cual se descubre la espalda y espera el golpe. En aquel momento corre á arrodillarse á su lado un hijo suyo de nueve años, y con él vienen su madre y su esposa, presentando la cabeza para sufrir la misma suerte. El rey se retiró á su palacio, y los mandó á un destierro.

3. Otro caballero cristiano llamado Tito, fué tambien solicitado por el principe con igual objeto, pero resistiendo valeroso, le fué ordenado por el rey, que así que llegase á su casa le mandase su hijo segundo, que tenia solos nueve años. Sintió Tito la mayor pesadumbre en tener que cumplir con aquel mandato, temiendo no quedase su hijo sin vida ó sin fé, mas viéndose obligado á la fuerza, lo abraza, lo exhorta á mantenerse constante, y lo envia á palacio. El principe, pasados dos dias, le manda á decir que habia hecho morir á su hijo, porque no habia querido abandonar la fé, y le ordena que le mande en seguida á su hija. Semejante orden fué otra nueva y cruel herida para Tito y su esposa, y fué necesario mandarla á palacio. Pasado algun tiempo igualmente, el rey le hizo saber que tambien habia muerto la hija por igual causa, y le mandaba que le enviase á su hijo mayor. Lloró amargamente al recibir el golpe mas doloroso, y haciendo entrar á su hijo le habla así. — Hijo mio, tu hermano y tu hermana han muerto por Jesucristo : ambos á dos te llaman desde el cielo : ves á mostrarte verdadero cristiano : disponme un lugar allá en la gloria y dispon otro para tu madre que no tardaremos en seguirte. — Concluidas estas palabras, el hijo se arrodilla á sus pies, pide su bendicion y hace igual ruego á su madre, y con ánimo intrépido se dirige á palacio. Los infelices padres sentian todo el horror en que les habia sumergido desgracia tan grande, que los privaba de todos sus hijos, si bien les consolaba la idea de que los habian perdido para verlos un dia coronados de gloria en el cielo, y se prepararon á sufrir igual muerte. Finalmente recibe Tito una orden del rey para que le mande á su esposa.

Dolorosa y terrible fué la partida: Tito obedeció. Por último el rey le manda á decir que habiendo muerto todos sus hijos y esposa, ha llegado el momento en que si no quiere obedecer el edicto del emperador, debe también él mismo perder la cabeza. Contestó Tito que no podía recibir mas fausta nueva, que la que acababa de dársele, y se encamina lleno de gozo á palacio, y puesto en presencia del rey le encarece que cuanto antes le conceda la misma gracia que ha hecho á toda su familia. El rey enternecido y admirando la sin ejemplo constancia de todos aquellos ilustres cristianos, cambia al punto la escena de dolor en centro de puro gozo é inefable regocijo, presentándole vivos á su esposa y á todos sus hijos, y despidiéndole con afabilidad para su casa, con permiso de seguir en ella una religion, por la cual saben todos sacrificar heroicamente sus vidas.

4. Aconteció despues el glorioso triunfo de tres mártires. Habia un caballero llamado Clemente, el cual al principiarse la persecucion estuvo firme en la fé, pero así que se publicó el edicto del emperador, aunque sus dos hijos Miguel y Lino protestaron que jamás abandonarían la fé, su padre suscribió cobardemente de mano propia, que él y sus hijos renunciaban á la religion cristiana. Los dos jóvenes, así que tuvieron conocimiento de lo practicado por su padre, publicaron por todo que lo habia hecho, sin su consentimiento; y el mismo Clemente, amonestado y convencido por sus hijos, fué á retractarse de lo que antes habia firmado; por lo cual el gobernador mandó prender á los tres, así como á Maxencia muger del hijo mayor, y á un hijo de estos, y dispuso que todos fuesen atados en sacos

en donde los tuvo por espacio de tres dias, sin poderse mover en ningun sentido. El tierno niño de Maxencia, viéndose en su saco, animaba á su madre á llevar con paciencia aquel tormento, y vuelto á los paganos les decia: — Guardaos de ir diciendo que yo he renegado de la fé, porque si tal haceis, yo mismo os acusaré de falsarios. — Despues de siete dias Miguel y Lino fueron condenados á ser quemados vivos y por último tambien lo fué su padre Clemente. Al juntarse cuando salieron de la cárcel los dos hermanos, dijo Lino á Miguel: — ¡ Con que nos ha tocado la suerte de morir por Jesucristo y no á nuestro padre y á tu esposa! — Así que llegaron al lugar del suplicio encontraron plantados tres palos. Miguel y Lino corrieron á abrazar cada uno el suyo. Mientras los ataban, comparecieron entre los guardias Clemente y Maxencia, llorando la muerte del hijo de esta que habia espirado sofocado en aquel tormento. Maxencia pedia ser atada tambien, pero no le fué concedido, á fin de que sufriese mayor tormento presenciando la ejecucion de sus hijos. Clemente fué entonces amarrado al tercer palo, y los verdugos prendieron fuego á las hogueras prevenidas. Queriendo Maxencia precipitarse en las llamas, fué detenida para que viesse espirar á su esposo sobre las brazas, y queriéndola asustar poniéndole una espada delante el pecho, exclamó: — No es este el modo de intimidar á un cristiano, si quereis lograrlo amenazadme que me dejareis con vida. — A poco viendo que el verdugo se le acercaba con el acero desenvainado en la mano, se arrodilló, y presentándole el cuello, le dijo: — Hiere, cumple con tu oficio. — Y aquel le dió el golpe mortal.

5. La iglesia de Facata estaba en paz bajo el gobierno

de Quicugendono; pero despues del edicto del emperador, ordenó aquel que todos los cristianos de cierto cuartel de la ciudad se presentasen en un mismo dia á suscribirse para abandonar la fé; como los habitantes de aquella ciudad, eran los mas ricos del Japon, todos suscribieron, llevados del temor de perder sus riquezas, á escepcion de dos llamados Joaquin y Tomás. Era aquel médico, que ejercia su profesion gratuitamente, y muy particularmente en socorro de los pobres. Fué requerido de todos sus amigos para que procurase salvarse, mas resistiendo heróicamente á todas las sugeriones, sufrió con admirable constancia su martirio, que consistió en ser atado á un árbol por los pies. Tomás fué condenado á igual suplicio y atado al mismo árbol en que lo estaba Joaquin. Durante tres dias permanecieron en aquel estado sin que nadie osase llevarles de comer ni de beber, y se consolaban mutuamente recordando la pasion de nuestro Redentor, pasado cuyo tiempo fueron decapitados. Un bonzo quedó tan maravillado de su constancia, que no tuvo embarazo en decir públicamente: — ¿ Quien podrá dudar de la salud eterna de estos dos cristianos, que han dado toda su sangre por defender su religion ?

6. En la isla de Xiqui, cuando se publicó el edicto del emperador, los sacerdotes de aquella iglesia, viéndose obligados á partir, cometieron su cuidado á un viejo llamado Adan. Este fué al punto arrestado y presentado al gobernador, que hizo todo lo posible para hacerle prevaricar; pero el buen viejo despues de haberlo escuchado con santa paciencia, le respondió: — Señor, cuando comparo la muerte con la vida eterna que nos ofrece Dios, tengo por un bien todos los tor-

mentos con que se me amenaza. El príncipe persigue á todos los cristianos por conservar su corona, y ¿ no haré yo lo que debo por ganar una corona inmortal, y para agradar á mi Dios, que es el rey de todos los reyes? — El gobernador enfurecido lo hizo desnudar, y dispuso que lo paseasen por la ciudad con un pregonero que gritase: — Este es un rebelde al emperador. — Y luego lo mandó suspender de dos palos en donde permaneció durante nueve dias, bien que de noche era conducido á la prision. Finalmente fué condenado á ser decapitado, y se verificó la sentencia de noche sobre una colina. Atestiguaron muchos, que cayendo su cabeza, ya separada del cuerpo, pronunció por dos veces en alta y clara voz: *Jesus y Maria*.

7. Cierta cristiano de la misma ciudad que habia renegado por temor, sintió tal arrepentimiento, luego de sucedida la muerte de Adan, que él mismo se presentó á los jueces, y protestó, delante de muchos testigos, que habia renunciado á la fé por la violencia, pero que queria vivir y morir cristiano. Los jueces lo echaron del tribunal con escarnio, mas el cristiano entra en una casa inmediata, toma un hierro candente, imprime la señal de la cruz sobre su frente, y volviéndose á presentar á los jueces, les dice: — Ahora, señores, no podreis dudar que soy cristiano. Aquel Dios que me ha dado fuerza para sufrir este dolor me lo concederá tambien para sobrellevar con fortaleza todos los tormentos que querais darme. — El gobernador quisiera condenarlo á los mas atroces suplicios, considerando empero que si lo hacia, se acrecentaria el número de los mártires, lo dejó en paz.

8. A fines de 1614 viendo el príncipe Miguel que no

habia podido merecer la gracia del emperador como deseaba, creyó conquistarla promoviendo otra nueva persecucion contra los fieles de su reino de Arima, por lo cual ordenó que todos los que tuviesen renta la perdiesen, si no abandonaban la religion cristiana. Apenas se publicó el edicto, cuando cincuenta de las principales familias del reino tuvieron el valor de renunciar á todos sus bienes. Sin embargo, lo que mas acredita cuan arraigada estaba la fé en el corazon de aquellos infelices Japoneses, es que instantáneamente los niños de las congregaciones que habian establecido nuestros misioneros, informados del edicto, se juntaron é hicieron este juramento : — Aunque debamos ser quemados vivos, juramos no abandonar jamás la fé de Jesucristo. — Pero el malvado rey, que habia renovado la persecucion con la esperanza de que el emperador le daria otro reino mejor, luego de haber publicado su bárbaro edicto recibió la órden de dejar el reino de Arima y de pasar á Fionga, que era un reino miserable. Justo castigo á su perversidad por haber preferido la gracia del emperador á la de Dios.

9. En 1616 siguió el martirio de Pablo Tarasuco. Era natural del reino de Jamaxiro. A consecuencia de los últimos edictos fué en vano vivamente apremiado á abandonar la fé, pues permanecía firme y constante en ella. Sus amigos, con ánimo de salvarle, formularon una protesta de abjuracion de la religion cristiana y se la hicieron firmar con la violencia, hasta de llevarle la mano, para escribir su nombre. Sentía Pablo el mayor pesar por aquel suceso y solo pensaba en el modo de reparar tan grave falta ; cuando se le presentó un oficial á intimarle que el gobernador no quedaba satisfecho de

lo que espresaba en aquel escrito, por cuanto faltaba continuar en él la secta á que se adheria Pablo entonces lleno de júbilo, toma el papel y lo despedaza, publicando lleno de entusiasmo que era cristiano y que queria suscribir á tan alto título con la sangre de sus venas. El gobernador, al saber lo ocurrido, manda prenderle inmediatamente, y previendo Pablo que no podria tardar en morir, escribe á cinco amigos suyos, pidiéndoles que lo encomienden á Dios, y le alcancen la gracia de morir por la fé. A poco, efectivamente, se le intimó la sentencia, previniéndole que se dispusiese á morir. Recibió Pablo la noticia con suma alegría, y suplicó al oficial que le hiciese morir en cruz : este le contestó que no tenia facultades para variar la sentencia, que prevenia que fuese decapitado, como se ejeculó.

10. En 1618 sucedió en Nangasaqui, último asilo que quedaba á los cristianos, que habiendo entrado un comisario de justicia en una casa de un caballero principal, pidió una pluma para anotar los cristianos que habia en la ciudad. Una niña de unos ocho años, que estaba presente, y era hija del caballero de la casa, oyendo el objeto que llevaba el comisario, le alargó una pluma y le dijo : — Tomad, escribid mi nombre el primero, para que muera yo tambien la primera por la fé de Jesucristo. — Presentósele en seguida la madre y le dió su nombre, y habiéndose despedido el comisario, salió apresurada á alcanzarle llevando un niño en los brazos, que era el único que le quedaba, y deteniéndole le dijo : — Os ruego que tomeis el nombre de este otro hijo mio que dormia cuando estuvisteis en casa y no me acordé de hacerlo inscribir en el asiento que estais formalizando.

Por el mismo tiempo, entre los infinitos que gemian en las cárceles, habia un japonés llamado Leonardo Quimura, lego de cierta órden religiosa. Este celosísimo cristiano bautizó hasta 86 individuos idólatras que estaban en su mismo encierro, haciendo todos la vida mas ejemplar y religiosa. Todos los dias hacian dos horas de oracion mental, y una hora de oracion vocal. Ayunaban los miércoles, viernes y sábado, y el segundo de estos dias aumentaban hasta cinco las horas de oracion en honor de la Pasion de N. S. Jesucristo.

11. Habiendo vuelto de la corte el gobernador de Nangasaqui, condenó á muerte á cinco de aquellos fieles, y entre ellos fué comprendido Leonardo. Conducidos á presencia del juez, le preguntó este por qué causa se habia quedado en el Japon, despues de haber sido espulsadas todas las órdenes religiosas; y Leonardo con sorprendente serenidad le contestó: — He quedado para predicar y propagar la ley de Jesucristo. — Y el juez le repuso: — Pues por esto serás quemado vivo. — Entonces Leonardo sin inmutarse, volvió á contestarle: — Sepa pues el mundo que se me condena al fuego porque soy cristiano, y porque he predicado la ley de Jesucristo. — Dirigiéndose en seguida el juez á otro cristiano llamado Domingo, condenado igualmente á muerte, por haber ocultado en su casa á un misionero, le dijo que tuviese entendido, que aquella temeridad contra las órdenes del emperador era causa de su justa muerte; á lo cual contestó Domingo, con vivas muestras de alegría: — Estimo en mas esta sentencia, que si hubiese conquistado el reino del Japon. — En seguida fueron conducidos todos al suplicio. El tránsito estaba lleno de gente y el mar cubierto de lanchas, por

la mucha gente que habia acudido á presenciar la muerte de aquellos santos confesores. Al llegar al patíbulo se dirigió cada uno á su palo, ante el cual se arrojó en señal de humildad y reverencia. Encendida la grande hoguera, Leonardo tomaba las ascuas, y poniéndoselas sobre la cabeza, iba cantando el salmo: *Laudate Dominum omnes gentes, etc.* Los cristianos que asistieron al sacrificio sintieron tales deseos de alcanzar como aquellos la gloriosa palma del martirio, que muchos se acercaban al fuego, pidiendo ser arrojados en él. Dos de ellos preguntaron á los que estaban á su lado, si podian echarse al fuego sin ofender á Dios. Muchos gentiles se convirtieron aquel dia al contemplar la alegría con que aquellos mártires sufrían la muerte atroz con que eran atormentados. Sucedió este martirio el dia 28 de noviembre de 1691.

Es en extremo lastimoso lo que sufrían los confesores de la fé en la cárcel de Omura. Estaba espuesta al aire, por una parte ceñida de un muro, y por otra tenia una como estacada con guardias al rededor. Padecian los presos tal hambre, que las guardias permitian por compasion que los cristianos les socorriesen con algun alimento. Los magistrados eran tan encarnizados enemigos del nombre cristiano, que cuando supieron esto, dieron severas órdenes para que no se permitiese el menor auxilio á los detenidos, bajo juramento por los dioses del imperio, que debian prestar los vigilantes. Hubo un caballero cristiano llamado Lino, que se negó á prestar semejante juramento, diciendo que él no juraba sino por el verdadero Dios. No dejó de conocer que tal negativa debia costarle la vida, así que recomendándose á las oraciones de los presos, se retiró á su casa y